

mienzan por un proemio, fundando la necesidad y conveniencia de sujetar á reglas las acciones humanas, y entrando de lleno en el principio religioso en que fundaba su derecho la conquista, encarga que el principal intento de todos sea apartar y desarraigar la idolatría de los naturales, procurar su salvacion y atraerlos al conocimiento de Dios y de su santa fe católica; "porque si con otra intención se hiciese la dicha guerra, sería injusta, y todo lo que en ella se oviese obnoxio é obligado á restitucion." Sobre ello encarga la conciencia, y protesta no ser otro el móvil que le lleva á emprender la conquista. Como consecuencia prohíbe los reniegos y blasfemias, y el juego causa de ellas, totalmente el de dados ó naipes, cuando no se juegue moderadamente.

Como arreglos generales, ningun castellano pondrá mano á las armas contra otro castellano; cada quien está obligado á alistarse en una compañía; no se harán burlas ni dirán mal los de una capitania de las otras; nadie se apartará del lugar en donde esté su jefe. Aposentaránse los capitanes donde les mande el maestre de campo; dividirán su gente en cuadrillas de 20 en 20 al mando de un cuadrillero ó cabo de escuadra; cada capitan lleve tambor y bandera, conducirá en el camino la gente junta, sin admitir se unan soldados de otra compañía. Vigilarán los cuadrilleros á las escuchas durante los cuartos que les toquen, y darán las instrucciones á las velas y escuchas. Los soldados, luego que oigan tocar el tambor, se incorporarán armados á su compañía, nadie se meterá en el fardaje si no es de los nombrados; al acometer no se desmanden ni separen de su compañía. "Mando que ningun español ni españoles entren á robar ni á otra cosa alguna en las tales casas de los enemigos, hasta ser del todo echados fuera, y haber conseguido el fin de la victoria." Las faltas enumeradas se castigan con penas pecuniarias, fuera de esta que es la última: "Por excusar y evitar los hurtos encubiertos y fraudes que se hacen en las cosas habidas en la guerra ó fuera de ella, así por lo que toca al quinto que dellas pertenece á S. C. M., como porque han de ser repartidas conforme á lo que cada uno sirve é merece: por ende mando que todo el oro, plata, perlas, piedras, plumajes, ropa, esclavos y otras cosas cualesquier que se adquieran, hubieren ó tomasen en cualquiera manera, así en las dichas poblaciones, villas, ó lugares, ó en el campo, que la persona ó personas, á cuyo poder viniesen ó

"las hallasen ó tomasen, en cualquier forma que sea, lo traigan luego incontinentemente é manifiesten ante mí ó ante otra persona que fuese, sin lo meter ni llevar á su posada ni á otra parte alguna, so pena de muerte ó perdimento de todos sus bienes para la cámara é fisco de S. M." (1) Esto dicen las ordenanzas y no lo que ponen algunos autores.

El alarde tuvo lugar en la plaza del teocalli mayor de Tlaxcalla. El general estaba á caballo, con una ropeta de terciopelo sobre la armadura y una azagaya en la mano: presentáronse primero los ballesteros, quienes sin rumor armaron las ballestas y las dispararon por alto, haciendo luego el saludo militar; pasaron despues los rodeleros, los cuales poniendo mano á la espada, hicieron su acometimiento, y envainando en seguida hicieron reverencia; vinieron los piqueros que calaron á un tiempo las picas, cerrando con ellas unidos y apretados; los escopeteros dispararon los arcabuces para hacer salva; al último pasaron los jinetes, de dos en dos, con adarga y lanza, corriendo parejas y escaramuceando. (2)

Al dia siguiente, juéves veinte y siete de Diciembre, habló Cortés con los cabezas de la señoría; díjoles, que pues tenía determinado salir para México el dia inmediato, cuidasen de la conclusion de los bergantines procurando á los obreros cuanto menester hubiesen, estando dispuestos á remitir las naos tan luego como se les pidiesen. Así lo ofrecieron los señores, prometiéndole ahora alguna gente de guerra para acompañarle, la cual aumentarían cuando remitiesen las embarcaciones. El ejército auxiliar se hace consistir en ciento diez á ciento cincuenta mil hombres; componíase no sólo de los guerreros de Tlaxcalla, sino tambien de los de Cholollan, Huexotzinco y de las provincias conquistadas, atraídos los unos por la codicia del saqueo, conducidos la mayor parte por los antiguos rencores que contra los méxica abrigaban. Los de la República, imitando á sus aliados, hicieron este dia su alarde. Iban delante los músicos tocando caracoles, bocinas, huesos y otros instrumentos; seguían los cuatro señores de las cabeceras, armados de rodela y macuahuitl, atados á la espalda sus estandartes de plumas y piedras pre-

(1) Ordenanzas, véase Prescott, tom. II, pág. 472. Apéndice, núm. XIII.—Colección de Indias, tom. XXVI, pág. 19—29.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XIX.

ciosas, con orejeras, diademas y bezotes de oro y ricas cutaras; seguían cuatro pajes con arcos y flechas; los estandartes de la señoría ricamente adornados conducidos por cuatro alféreces; pasaron en seguida, por filas de veinte en veinte, setenta mil flecheros, de trecho en trecho un estandarte con las armas del capitán de cada compañía; inclinaban las banderas al pasar delante del general, el cual devolvía el saludo tocándose la gorra, mientras los guerreros inclinaban la cabeza y disparaban sus arcos: siguieron cuarenta mil rodaderos y diez mil piqueros, haciendo también su reverencia. Aquellas tropas, para recibir una disciplina militar en consonancia con la de los blancos, estaban á cargo de Alonso de Ojeda, y de Juan Márquez. De este número salieron ochenta mil guerreros á campaña, permaneciendo el resto en la ciudad para escoltar los bergantines. (1)

Viércoles veintiocho de Diciembre, el ejército salió de Tlaxcala tomando directamente el camino para Texcoco, capital del reino de Acolhuacan. La resolución había sido tomada en junta de capitanes: aunque tres puertos en las montañas abrían paso de aquel á este lado del Valle, D. Hernando escogió como más seguro, por estar descuidado, el más agrio y fragoso. Aquella noche la pasaron en Tetzmulocan, (2) pueblo de la jurisdicción de Huexotzinco.

Sábado veintinueve se comenzó á subir las montañas. El general con diez de á caballo y sesenta peones lijeros tomó la delantera á fin de ver al enemigo si le había; ninguno se presentó á disputar el paso, acampando el ejército en un lugar alto, en donde partían los términos de los aculhua: hacía muy gran frío, mas como había abundancia de leña remediáronse al calor de las hogueras. (3) En el sitio nombrado Tlepehuacan, se presentó á Cortés el bastardo príncipe acolhuatl Ixtlilxochitl, atizador incansable de las revueltas del reino, aspirante pérfido al trono de Texcoco; presentóse con un pendón de oro en señal de paz y amistad, dando la bienvenida al general y convidándole á pasar á Texcoco en donde sería servido y regalado; pesábane mucho, dijo, los males sobrevenidos por la rebelión de sus tíos y deudos los señores méxica; que á causa de ello el rey su hermano y los de su corte eran culpados, pero que los perdonase, pues

(1) Cartas de Relac. pág. 85.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. XX.

(2) De *tetzmulli*, carrasco verde; Tetzmulocan, el carrascal verde: llamáse hoy San Martín Tetzmulucan, Estado de Puebla.

(3) Cartas de Relac. pág. 185.

á su nombre venía á disculparlos y ofrecerle sus servicios. Si D. Hernando no vió con placer á aquel repugnante príncipe, se enteró con gusto de las desavenencias entre los herederos de Acolhuacan: (1) ni el hombre ni las nuevas le cojtan desprevenido.

Domingo treinta fué pasado el puerto y aún se subieron y bajaron algunas cuestas. El camino seguía por las laderas del Telapón, y los cuatro jinetes con igual número de peones de la descubierta, le hallaron obstruido con troncos de árboles y otros objetos, señal más bien de rompimiento que de prevención militar. Dudaron si darían aviso; mas como viesan que la abatida se prolongaba por gran espacio, se resolvieron á dar parte enviando al efecto uno de los peones; informado el general, que venía á la vanguardia con la caballería, ocurrió al llamado, prosiguiendo sobre los obstáculos hasta salir á la tierra llana. Ahí esperó se reuniese el ejército entero, al cual dijo diesen gracias á Dios, pues le había traído sanos y salvos. (2) Desde las últimas alturas descubrieron los castellanos la cuenca del Valle con sus lagos y ciudades; vinoles á la memoria el recuerdo de los pasados triunfos y reveses, de manera que la vista pintoresca que delante tenían, despertaba en ellos encontrados sentimientos de placer y de pena. (3) Para invadidos é invasores habían cambiado por completo las circunstancias. La vez primera que los blancos llegaron á la orilla de los lagos, México era señora altiva del Valle y de la tierra, rica, poderosa, temida; ahora estaba quebrantada por todo linaje de calamidades; insurreccionadas sus provincias, estrechado su poderío á un pequeño territorio, y todavía iba perdiendo unos tras otros sus menguados hijos. Había salido miserable del fango de unos desiertos islotes y por la conquista se había hecho opulenta; en sentido contrario de cual ántes se extendía, ahora se estrechaba, para desaparecer por la conquista, también entre los carrizales del lago.

El ejército marchó ordenadamente por lo llano, dispuesto á resistir un choque. Los espías méxica que los atisbaban habían dado la voz de alarma, veíanse por todas partes las humaredas anunciando la presencia de los blancos en el Valle y aún se escuchaba como los

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 91. MS.

(2) Cartas de Relac. pág. 186—188.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXXVII.

guerreros se apellidaban para la lucha. Los moradores de unas estancias vecinas comenzaron á lanzar gritos y provocaciones, mientras algunos escuadrones de guerreros se presentaron á defender un mal paso profundo, sobre el cual habia un puente roto. Los blancos aceleraron el paso; con quince jinetes y un buen número de tlaxcalteca forzaron la posición, teniendo los méxica que abandonar el campo, no sin gran pérdida, pues fueron alcanzados por la caballería. Siguióse adelante sin otro accidente, hasta alcanzar á Coatepec, ciudad del reino de Texcoco, abandonada por los moradores, en donde se aposentaron, tomando sus precauciones para no ser sorprendidos. No obstante las ordenanzas, los aliados habían merodeado en la comarca. (1) La resistencia de los méxica para defender la entrada en el Valle no fué mucha; lo causaba la peste de viruelas, muy extendida todavía en las poblaciones, lo cual tenía mucha gente imposibilitada ú ocupada. "Y como los indios amigos viañ, que este mal no tocaba en los castellanos, con mucha admiración pensaban que alguna grandeidad los reservaba y amparaba." (2)

Lunes treinta y uno de Diciembre, puestos en marcha, á corta distancia de Coatepec, los corredores de la descubierta vinieron á decir al general, se acercaba un grupo de gente sin armas, trayendo una bandera, lo cual era señal de paz. Cortés aplaudió la noticia, "la cual Dios sabe cuánto deseábamos, y cuánto la habíamos menester, por ser tan pocos y tan apartados de cualquier socorro, y metidos en las fuerzas de nuestros enemigos." (3) Los mensajeros eran personas principales; haciendo la acostumbrada reverencia presentaron un pendon de oro, el cual calculó luego D. Hernando en peso de cuatro marcos, y afora Bernal Díaz en valor de ochenta pesos; diciendo de parte de su señor Coanacohtzin, no se hiciese daño en la tierra, no siendo los moradores culpables de lo pasado, sino los de Tenochtitlan; que el rey quería ser su amigo y le esperaba en la ciudad. Por medio de las lenguas respondió el general, fuesen bienvenidos, pues él se holgaba de la paz; pero que en aquella provincia habían muerto cinco de á caballo, cuarenta y cinco peones y más de trescientos tlaxcalteca "que venían cargados, y

(1) Cartas de Relac. pág. 188—89.—Bernal Díaz, cap. CXXXVII.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XX.—Bernal Díaz, cap. CXXXVII.

(3) Cartas de Relac. pág. 189.

"nos habían tomado mucha plata, y oro, y ropa y otras cosas: que por lo tanto, pues no se podían excusar de esta culpa, que la pena fuese volvernó lo nuestro: é que desta manera, aunque todos eran dignos de muerte, por haber muerto tantos cristianos, yo quería paz con ellos, pues me convidaban con ella; pero que de otra manera yo habia de proceder contra ellos por todo rigor." (1) Respondieron los mensajeros, que el despojo lo habían llevado los de México, no obstante lo cual buscarían lo que pudiesen y lo traerían: terminaron preguntando, si pensaba entrar aquel día á Texcoco, pues sería mejor se aposentase en otra ciudad, mientras se le prevenía alojamiento. El general abrazó á los enviados, entre los cuales habia algunos conocidos de los blancos y parientes de Moteuhzoma, aceptó los ofrecimientos de paz y en cuanto á rendir la jornada, expresó terminantemente sería en Texcoco: los méxica se retiraron.

Dióse la orden á los capitanes aliados no hiciesen daño en la tierra que ya estaba de paz; "mas comida no se les defendía, si era solamente maiz é frisoles, y aún gallinas y perrillos, que había muchos en todas las casas, llenas dello." (2) Siguió el ejército por Coatlichan y Huexotla, cuyos señores le salieron á recibir y dieron de comer, penetrando hacia el medio día en la capital del reino de Acolhuacan. Las calles estaban desiertas; ni en ellas ni en las casas aparecía la gente, echándose de ménos que ni Coanacohtzin ni sus nobles se presentaran á darle la bienvenida. Los castellanos fueron alojados en el palacio de Nezahualpilli, edificio espacioso capaz de contener doble número de alojados, haciendo pregonar el general, pena de la vida, ninguno se permitiera salir sin licencia de la casa y aposentó.

No haberse presentado los señores, la poca gente que por la ciudad habia y que andaba como alborotada, infundieron sospechas en D. Hernando si le querrian combatir. Para descubrir lo que pasaba envió á Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, otras personas y veinte escopeteros para su guarda: subiéronse á lo alto del teocalli, de donde se veía gran parte de la campiña y de los lagos, descubriendo con asombro que los moradores huían aceleradamente con sus

(1) Cartas de Relac. pág. 190.—Bernal Díaz cap. CXXXVII.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXXVII.

haciendas, en pequeñas ó grandes canoas por el agua, mientras otros con sus mujeres é hijos se dirijían á las montañas. Informado Cortés de lo que pasaba, intentó apoderarse de la persona de Coanacohtzin, á cuyo efecto envió á llamarle con algunos papas, quienes volvieron á decirle no estaba ya en la ciudad, pues había sido uno de los primeros en ausentarse rumbo á México. Para evitar la despoblacion, hacia la caída de la tarde puso destacamentos en las salidas para atajar los fugitivos, aunque sin lograr el objeto deseado. "E así el señor de la dicha ciudad, que yo deseaba como á la salvacion haberle á las manos, con muchos de los principales de ella, se fueron á la ciudad de Temixtitan, que está de allí por la laguna seis leguas, y llevaron consigo cuanto tenían. E á esta causa, por hacer á su salvo lo que querían, salieron á mí los mensajeros, que arriba dije, para me detener algo, y que no entrase haciendo daño; y por aquella noche nos dejaron, así á nosotros como á su ciudad." (1)

Aquella burla enojó á D. Hernando, hasta olvidar las ordenanzas y permitir se diese sacomano en la ciudad, apoderándose de mujeres y muchachos, que fueron declarados esclavos y vendidos en pública almoneda. (2) Los aliados tomaron parte activa en la destruc-

(1) Cartas de Relac. pág. 191.—Bernal Díaz, cap. CXXXVII.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. XVIII.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. I.

(2) Resid. contra Cortés: Antonio Serrano de Cardona, tom. 1, pág. 199.—"207. Item: si saben que al tiempo quel dicho D. Hernando Cortés fue á la cibdad de Texcuco, é fizo pacés con los vecinos della, se dieron por vasallos de S. M., y el dicho D. Hernando Cortés mandó apregonar que nenguno español se desmandase ni saliese de los aposentos, ni fiziesen mal á yndio alguno; é si saben que aquel día, en la tarde vieron en la laguna mucho número de canoas en cantidad de ocho mil, poco más ó ménos, é vieron como los yndios se alzaban é se vernian á xuntar con los yndios desta cibdad, é á aquella cabsa, el dicho Don Hernando Cortés mandó á los españoles que les fiziesen guerra, é si algunos esclavos se fizieron, fue por la dicha cabsa, é si saben que quando fueron á los dichos yndios, abian alzado sus fazendas, de manera que fue poco ó nada lo que le hallaron é lo que los españoles obieron." Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 385.—El testigo Alonso de Villanueva, "A las doscientas é siete preguntas dijo: que lo que sabe de la dicha pregunta, que vido que quando el dicho Don Hernando Cortés vino á la cibdad de Texcuco desde Tepeaca, para aposentarse en ella é dar orden para recuperar la cibdad de México, vido este testigo que el día que entró en la dicha cibdad de Texcuco antes de llegar á ella salieron de paz ciertos yndios, á los cuales el dicho Don Hernando Cortés rescobió amorosamente, ofreciéndoles paz; é que así fue quentrande en la dicha cibdad, pacíficamente, el dicho Don Hernando Cortés mandó que nengun

no constituyendo las haciendas la mayor pérdida: "dieron fuego á lo más principal de dos palacios del rey Nezahualpiltzintli; de tal manera que se quemaron todos los archivos reales de toda la Nueva España, que fué una de las mayores pérdidas que tuvo esta tierra, porque con esto, toda la memoria de sus antiguallas, y otras cosas que eran como escrituras ó recuerdos, perecieron desde este tiempo: la obra de las casas era la mejor y la más artificiosa que hubo en esta tierra." (1)

Reorganizada la triple alianza y nombrado y reconocido Coanacohtzin rey de Acolhuacan, había permanecido en Texcoco durante el tiempo en que los españoles estuvieron lejos del Valle. La ciudad no estaba tranquila; fuera de las penurias de la peste, ardían las facciones civiles entre los partidarios del nuevo rey y los del incansable agitador Ixtlilxochitl: Coanacoch pudo prevalecer al cabo, retirándose el ambicioso príncipe su competidor á unas labranzas que tenía en las inmediaciones de Tepepolco, dentro de los estados que le obedecían. Estando aún D. Hernando en Tepeyacac, más ya con la intencion de venir sobre México, envió á un noble nombrado Huitzacamatzin, para que dijese á Coanacoch, que teniendo dispuesto combatir á los tenochca hasta destruirlos, se lo hacía saber, á fin de que le recibiese de paz en su reino, supuesto haber dado él y todos sus vasallos la obediencia al rey de Castilla, con otras muchas razones á fin de atraerle á su amistad. Huitzaca-

español se apartase ni desviase de su aposento é compañía, é que no fiziese dapño á los yndios de la dicha cibdad so ciertas penas; é dende á poco rato se vio é conoció que los vecinos de la dicha cibdad estaban alzados, porque no había en toda la cibdad muxeres ni niños, salvo poca copia de yndios, hombres, que andaban desimuladamente acabando de alzar lo que ternían, por donde se conoció que la paz que abian pedido é publicado, abia sido captelosa, por alzar las fazendas como las abían alzado, é por alzar lo poco que les quedaba por alzar; é que á esta sazón ovo españoles que sopieron é vieron como la xente de la cibdad se yba por el agua en canoas á la cibdad de México, y embarcaban en las dichas canoas lo que ternían, é que si el dicho D. Hernando Cortés mandó facer guerra á los naturales de la dicha cibdad, fue esa la cabsa; é que sabe é vido aquel despoxo que de la dicha cibdad se ovo, fué poco é de poco valor, porque todo lo más é lo mexor, estaba alzado como dicho tiene, é no abia en las casas sino las cosas de poco valer, que no abian querido ó podido llevar; é questo sabe por questo testigo entró en muchas casas prencipales é comunes de la dicha cibdad, é no abia nada en ellas." Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 519—20. Veáanse las declaraciones de otros testigos.

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chimim, cap. 91. MS.

camatzin vino á dar el mensaje, mas sin acabarle de oír Coanacochtzin mandó hacerle pedazos. Mirando Cortés la tardanza del enviado, despachó nuevo mensajero y para autorizarle le hizo acompañar por el príncipe Cuicuitzcatzin, á la sazón retenido como preso en Tlaxcalla; aunque electo rey por el mismo Cortés, y sacado de México en la Noche triste, de ningun provecho había sido para los castellanos. Cuicuitzcatzin vino á Texcoco, dió su embajada y apenas escuchado por su hermano le puso en prision; prévia consulta con el rey de México, teniéndole por espía de los blancos, fué condenado á muerte é igualmente despedazado. (1) Así pereció el rey intruso Cuicuitzcatzin á manos de la justicia de los suyos, despreciado por los conquistadores, sin lucimiento y sin honra. Al penetrar los castellanos en el Valle, sin elementos Coanacoch para defender la ciudad, envió una embajada á los blancos para ganar tiempo, huyendo en seguida á México con todos sus parciales.

Respecto de Ixtlilxochitl, luego que tuvo noticia de haberse movido los blancos de Tlaxcalla, les salió al encuentro en Tlepehuacan, como ya hemos dicho. Recordarémos no era aquella la primera vez en que se presentaba á ofrecer su amistad á los invasores, los cuales le habían tratado con despego y frialdad: no obstante haber sufrido el mismo trato en esta ocasion, quedóse al lado de Cortés, le condujo á Contepec haciéndole dar buena acogida, acompañándole luego á Texcoco, á cuya ciudad penetró á la sombra de los blancos. Ayudó á éstos en aquella tarde, ya en darles buen alojamiento, ya en contener á los fugitivos que salían de la ciudad. (2)

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 91. MS. Seguimos la version del cronista de Texcoco, quien ademas de pertenecer á aquella familia real, escribía por los informes de los ancianos y las antiguas pinturas, ademas de seguir en esto una relacion contemporánea á la conquista escrita por un tlaxcaltecafl. Cortés, Cartas de Relac. pág. 197, dice: "al tiempo que yo llegué á la provincia de Tlaxcaltecas, teniéndolo en son de preso, se soltó, y se volvió á la dicha ciudad de Tesaico."—Cuicuitzcatzin, de *cuicuitzcatl*, golondrina, es el Cucascacin de Cortés, quien tambien le nombra Ipacsuchil ó Ipaxochitl. Teepaxochitl le llama el historiador texcocano. Cuxeuxea le nombra Bernal Díaz.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 91. MS.

CAPITULO II.

CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

Reyes intrusos de Acolhuacán.—Tecocoltzin.—Sumision de Coatlichan, Huexotla y Atenco.—Saqueo de Itzapalapan.—Sumision de Otompa.—Entreganse los de la provincia de Chalco.—Muerte de Tecocoltzin.—Jura en Texcoco de Ahuaxpitzactzin.—Ixtlilxochitl.—Canal para los bergantines.—Escaramuzas.—Socorros frecuentes pedidos por los aliados.—Juan Yuste.—Matanza en Calpullalpan.—Sandoval encuentra el convoy.—El convoy.—Entrada en Texcoco.

III calli 1521. La noche pasaron los castellanos con suma vigilancia, prestos á rechazar cualesquiera sorpresas. Al día siguiente, primero del año 1521, aprovechándose el general de la huida del rey legítimo, hizo reunir á los nobles que en la ciudad quedaban, á fin de destituir á Coanacochtzin, nombrando en su lugar nuevo monarca. La eleccion recayó en Tecocoltzin, hijo bastardo del rey Nezahualpilli, quien se mostró dócil instrumento de los